

Edi IV

“tú la llevas”: juego infantil que consiste en que uno de los niños persigue a los demás hasta que alcanza a uno de ellos, que, a su vez, tendrá que perseguir a los otros y así sucesivamente.

el cuadrado: juego tradicionalmente considerado “de niñas”, que consiste en saltar por los cuadros numerados y pintados en el suelo para coger una piedra.

la merienda: comida ligera que se toma entre el almuerzo y la cena. Para los niños, suele consistir en pan con alguna otra cosa, por ejemplo, chocolate.

Jugábamos a “tú la llevas” delante de la casa de los abuelos. Le tocaba a Marcos coger a los demás. A Fernando era difícil cogerlo, porque tenía las piernas muy largas y corría más rápido que los otros niños. Guillermo, cada vez que se cansaba, se sentaba sobre la acera y decía “renuncio”. Merce y su hermana preferían jugar al **cuadrado**, y me decían que por qué no jugaba con ellas; yo prefería correr por la calle, antes que dar saltitos empujando una piedra con el pie sobre una serie de cuadrados pintados en el suelo con tiza. Además, nunca fui muy hábil para los juegos “de niñas”; era más sencillo correr que saltar sobre un solo pie o con una cuerda que siempre se enredaba en los pies.

Papá había llegado a la hora de la siesta con el tío Eugenio, el padre de Iván, mientras los mayores dormían. Esta vez, mi primo no se escapó durante la siesta, seguramente porque sabía que llegaba su padre, el que le controlaba. A las siete, después de la **merienda**, papá nos dejó salir a jugar a la calle.

A medida que oscurecía, empezaba a pensar que la llegada de Anita no iba a ser real. Recordé las palabras de la abuela y la señora de la tienda, por la mañana: “Si vienen, vendrán esta tarde”. Si vienen, es decir, que no era algo seguro. De vez en cuando, las miradas de Iván me hacían temblar. «¡Si no vienen, Iván

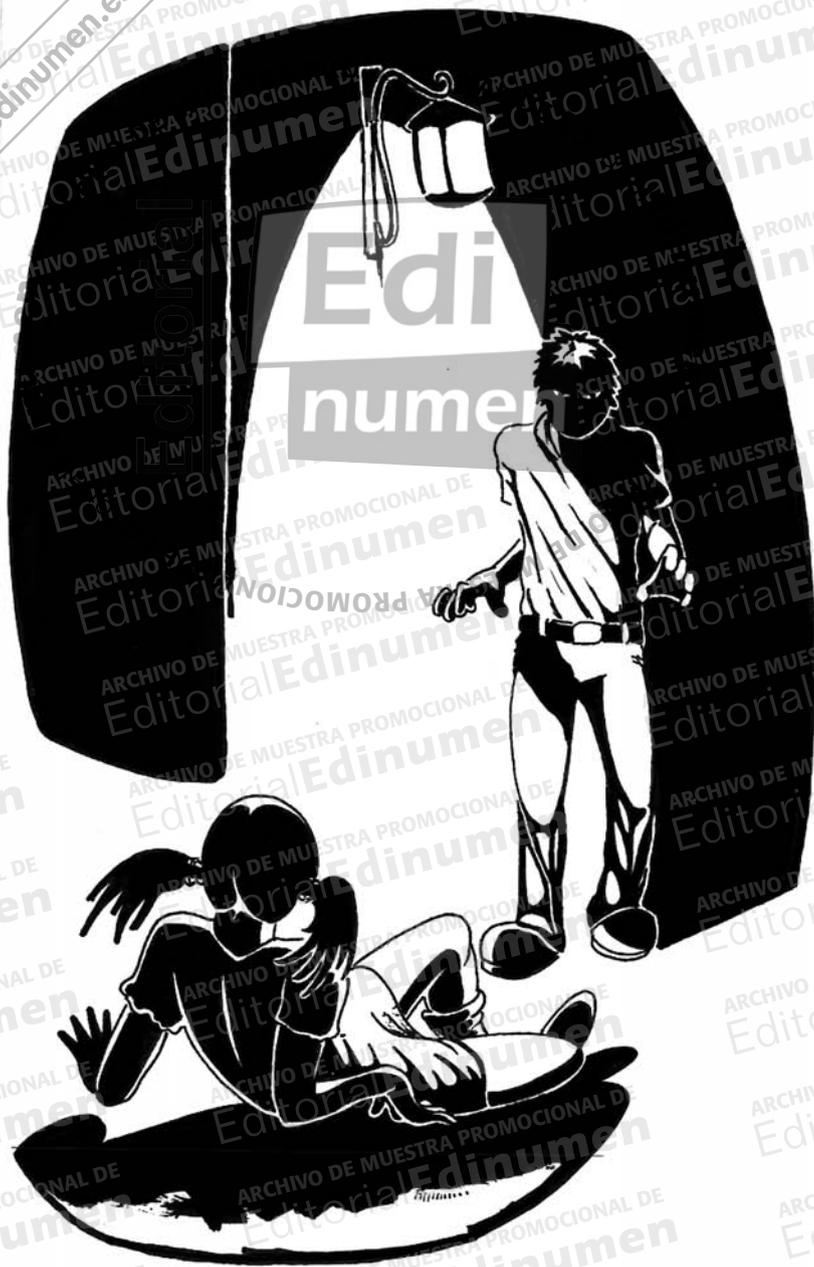
pensará que soy una mentirosa y que me lo he inventado todo, y me pegará!». Y mientras, el sol se ponía rojo, y la hora de la cena se acercaba más y más. Iván ya nos había enseñado el arcón de los dulces, un ratito antes de la comida, cuando las madres y la abuela estaban en la cocina y el abuelo en el corral, arreglando alguna cosa. Y por eso me miraba ahora de esa forma amenazadora; no soportaba el engaño.

Encendieron las farolas de la calle. Los niños se fueron hacia sus casas. El terrible momento de la verdad estaba allí. Iván, Guillermo y yo nos quedamos solos. Entonces le oí decir: “Ya es de noche. Prepárate, embustera”. Tuve tiempo de salir corriendo, y así no pudo cogerme por el pelo. Las calles parecían todas iguales: farolas y cal blanca, esquinas, puertas, rejas negras en las ventanas. No podía mirar atrás, sólo oía las pisadas de Iván y su voz gritando “te vas a enterar, te vas a enterar”. Entonces, tropecé con un señor, al doblar una esquina, y me caí al suelo. Iba a decir “perdón”, pero la palabra no salió de mi garganta; ese viejo alto, delgado, que estaba allí mirándome era...

— ¡El Eusebio! —gritó Iván, que cambió de dirección en ese preciso instante.

Me levanté como pude y corrí tras Iván. No comprendía cómo un niño que hacía bromas sobre la Momia y Drácula, y subía solo a las cámaras, tenía tanto miedo de un loco. Pero era así. Tal vez porque sabía algo horrible del crimen.

Cuando llegué a la calle de nuestra casa, dejé de correr.



Entonces, tropecé con un señor, al doblar una esquina y me caí al suelo. ¡El Eusebio!
—grito Iván.

Creí que el corazón se me salía por la boca. Tenía la cara ardiendo, y el aire me quemaba al respirar. Iván estaba sentado sobre el bordillo de la acera.

– Mira – me dijo, respirando con dificultad, y señalando algo junto a la puerta de la abuela.

– Ya lo veo: un coche. ¿Y qué?

– ¿Cómo que “y qué”? ¿No ves que es el coche de la tía Aurora y el tío Jerry?

– ¡Anda, es verdad! ¿Ves cómo no soy una embustera? Lo que pasa es que tú eres un pegón.

– Bueno, ya te pegaré en otra ocasión. De todas formas, no te escapas, por hacerme correr tanto.

– ¿Y si le cuento al Pipi que has huido al ver al Eusebio?

– Otra vez, podía dominar a Iván con esta amenaza.

– Estooo... Entonces, ¿le hacemos la broma a la “Insoportable” o no se la hacemos? –Era gracioso ver cómo Iván cambiaba de conversación cuando algo no le interesaba.

– Claro, después de la cena. Venga, vamos a entrar.

Estaban todos en el comedor. Ni siquiera se dieron cuenta de nuestra presencia. Anita estaba hablando con mi madre, mi tía, la abuela. Movía mucho las manos. Llevaba un vestido horrible, con florecitas, encajes, y un lazo enorme en la cabeza, nada cómodo para jugar. Iván y yo intercambiamos una mirada de complicidad. Nos acercamos a la tía Aurora, que nos saludó muy efusivamente; eso sí, sin soltar el cigarrillo que llevaba entre los dedos. ¡Qué asco, olía a tabaco cuando le dabas un beso!

encantos: se emplea en este caso como apelativo cariñoso. Resulta algo artificial.

– Hola, **encantos**, ¿cómo estáis? No sabéis qué contenta está Anita por venir a jugar con vosotros.

¿No os dais un beso? Anita, tesoro, ven a saludar a tu primito Iván y a tu primita Sole. –Nunca me gustó la forma de hablar de la tía Aurora. Parecía que hablaba sin mover la cara, ni la boca, ni nada; sólo la mano con el cigarrillo.

– Hola –dijo Anita al acercarse, procurando no acercarse mucho para no mancharse el vestido con vuestras manos sucias de jugar en la calle.

– Hola –contestamos Iván y yo, procurando poner vuestras manos sucias sobre su lindo vestido, para mancharse. Y pensé: “Tú sí que te vas a enterar”.

Luego sentí una mano en mi hombro y una voz muy suave – “¿cómo estás, rubia?”–; era el tío Jerry. Me pregunté, mientras me daba un beso y sentía toda la sangre del mundo en mi cara, cómo podía tener una hija como Anita y una mujer como la tía Aurora.

Durante la cena, pusimos en práctica nuestro plan. Los niños comíamos en una mesa y los mayores en otra. Iván y yo nos sonreíamos y nos dábamos codazos, para atraer la atención de Anita. Fingíamos decirnos cosas al oído, aprovechando que los mayores no nos miraban y no podían decirnos que eso era de mala educación. En un momento, Iván susurró al oído de Guillermo “ya sabéis, después de cenar, subimos a lo de los dulces”. Y, claro, Anita lo oyó, tal y como queríamos. Entonces, puso cara de interesante y dijo:

– Os he oído. O me dejáis subir con vosotros a la cámara o me chivo de lo que vais a hacer.

— No te lo vamos a decir. Además, ahora ya no iremos, y te quedarás sin saber dónde están los dulces y sin poder decir nada a los mayores —dijo Iván.

Anita no dijo nada, pero sabíamos que preparaba algo. Así fue. Después de la cena dijimos que íbamos a la calle a jugar un rato, y salimos sin esperar a Anita.

En realidad, atravesamos el patio, entramos en la zona de las habitaciones, encendimos la luz de la escalera que daba a las cámaras, dejamos la puerta entreabierta, nos escondimos en la habitación que estaba justo enfrente de la escalera y esperamos. Anita apareció a los pocos minutos, avanzando despacio por el pasillo. Abrió la puerta de la escalera, vio la luz encendida y pensó que estábamos arriba. Mientras ella subía lentamente la escalera, salimos del cuarto, apagamos la luz, cerramos la puerta e Iván lanzó un grito de ultratumba: “¡uuuuuh!”. Escapamos, muertos de risa, hacia la calle, mientras ella gritaba y golpeaba la puerta. Aquello sí que era divertido.

Cuando la “Insoportable” llegó a la puerta de la calle, sólo vio un gato atravesando la acera. A la vuelta de la esquina, nosotros tres conteníamos la risa.